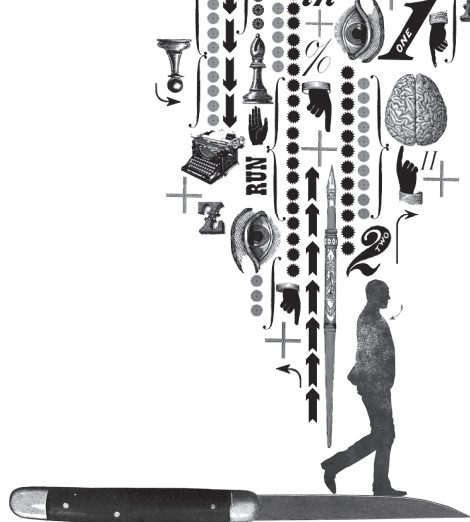


HOMBRES Y SOMBRAS
CONTRA EL FEMINISMO HEGEMÓNICO

EDICIÓN A CARGO DE MIRIAM TEY

ED LIBROS



Publicado por
ECONOMÍA DIGITAL, S. L.
Carrer de Roger de Llúria, 113, 4ª planta
08037 BARCELONA

© de esta edición
Economía Digital, S.L.

© Edición a cargo de Miriam Tey
Foto cedida para la cubierta de esta edición de Isabel Muñoz

PRIMERA EDICIÓN: *octubre de 2020*

COORDINACIÓN: *Victor Igual Molina*

MAQUETACIÓN: *Ignacio Juez*

IMPRESO EN: *Bookprint Digital, S.A.*

DEPÓSITO LEGAL: B. 19.297-2020

ISBN: 978-84-09-24090-6

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

CONTENIDO

MIRIAM TEY	
Nota del editor	11
CARMEN POSADAS	
Las extremistas se tocan	19
MÓNICA ORIOL	
Nuestro destino es nuestro	29
TERESA FREIXES	
La máscara y la manipulación. Interrogantes acerca de cómo afrontar el debate sobre el sexo/género	39
FÉLIX OVEJERO	
El feminismo (que) no es socialismo	49
PABLO DE LORA	
Hombres, mujeres y el feminismo zombi	79
REBECA ARGUDO	
El feminismo hegemónico: más machista que el machismo	87
ALFONSO M. GAÑÁN CALVO	
Simetrías	95
SOFÍA RINCÓN	
Epílogo	113
Biografías de autores	119

NOTA DEL EDITOR

MIRIAM TEY

El delirio de una parte del feminismo actual, hegemónico en los medios de comunicación y de la política, responde a una ideología totalitaria y sectaria que ha impuesto un modelo violento e injusto con el que muchas mujeres, pese a reconocer que todavía quedan terrenos por conquistar, no nos sentimos reflejadas.

La voluntad de repensar la actual situación de la mujer, y el discurso de las que se erigen en sus representantes, me llevó a proponerle a Félix Riera, quien compartió de inmediato la idea, un libro en el que se recogiesen algunas voces que, desde distintos ámbitos, invitasen a través de sus pensamientos, preguntas y sugerencias a una reflexión sobre qué es y qué debería ser el feminismo en nuestra sociedad actual.

Este libro no pretende ser un alegato antifeminista, sino una propuesta para reflexionar sobre el ideario y las estrategias de ese feminismo hegemónico y frentista. Si el feminismo tiene como objetivo la

igualdad frente a la ley, pero también frente a los que poseen el poder, parece necesario explorar otras vías para obtenerlo, sin entretenerse en símbolos que habitualmente lo impiden. Ese poder real que es el mundo financiero, la banca, la propiedad, la gestión del dinero es siempre ajeno a la representación tanto en la empresa privada como en el ámbito institucional. Para llegar a ese poder efectivo se impone, entre otras cosas, un planteamiento racional sobre los costes reales de los logros y calibrar si resulta útil la fidelidad que exige el corporativismo cuando recorta la libertad individual; mirar de forma crítica las condiciones abusivas, pero también ejercer una autocrítica seria sobre las trampas que nos tendemos a nosotras mismas en ese camino de acceso al poder. Sería también obligada una aproximación valiente a los deseos, fortalezas y debilidades de cada sexo y la apuesta por un pensamiento riguroso que se entronque en la ciencia, en la historia, y en la filosofía universal, huyendo de construcciones sectarias a medida de las conclusiones deseadas.

No hay logro sin conocimiento. Ninguno de los requisitos apuntados sería suficiente sin la conciencia del dolor que atraviesa al ser humano, de aquel que nuestra mera existencia genera en el otro, y el reconocimiento de que en el origen de todo fracaso se encuentran las mutuas decepciones y las propias frustraciones, sin que esto anule, claro, la existencia

excepcional de abusos y agresiones. En definitiva, tratar no tanto de localizar la culpa como de discernir entre hechos y proyección, justicia y venganza.

Dada la complejidad del mundo en que vivimos, en el que la información ha multiplicado de forma exponencial su poder a través de las redes, donde los descubrimientos genéticos nos formulan nuevas preguntas sobre la vida y su creación; donde la cuántica explora otras formas de medir el espacio y la materia; y donde la inteligencia artificial avanza sin tregua cuestionándonos los límites de la naturaleza humana, poniendo en alerta a la filosofía, la teología y las religiones, se impone necesariamente una reflexión no binaria sobre el ser y acaso su voluntad de ser otro, la naturaleza, la identidad, el sexo, el deseo y los roles biológicos o culturales, impuestos o escogidos, y la realidad de que convivan hoy diferentes perspectivas sobre el hombre, la mujer, el feminismo y el machismo que difícilmente se pueden reducir a una disyuntiva excluyente.

Se podrían hacer muchas aproximaciones a este vastísimo tema que inunda nuestro mundo hoy, desde las reivindicaciones básicas, como son los derechos humanos a los que no acceden siempre todas las personas, pues sigue habiendo discriminación por razón de sexo, hasta aquellas en las que se exploran nuevas formas de ser y sus derechos, todas ellas respetables, y

de las que partimos reconociendo su valor y su aportación a la sociedad. Pero la propuesta de este libro es más modesta, aunque a la vez tan ambiciosa como lo puede ser lidiar con ideas y ponerlas en común en la confianza de despertar conciencias; trata tan solo de interpelar a ese feminismo hegemónico, anacrónico y frentista planteándole otras estrategias para lograr que las mujeres accedan al poder, en el caso de que estas decidiesen apostar por obtenerlo. Si hablamos de poder, no podemos decir que, ya sea por cuotas o no, la presencia de la mujer en la empresa, en la ciencia, en cargos políticos o institucionales sea suficiente para concluir que, aun llegando a un 50 por ciento de la ocupación de los puestos, se haya obtenido realmente el 50 por ciento del poder; en todo caso se habría logrado el 50 por ciento de la representación, pero no del poder. Son el dinero, las finanzas y la banca lo que condicionan el rumbo del mundo. Hay otros mundos, claro, pero ahora no nos ocupan, e incluso en esos otros universos donde el arte o la espiritualidad son el centro, el curso sigue estando marcado por hombres, los grandes gurús. La supremacía es suya y hoy no cabe usurpación.

Y mientras el dolor del sometimiento nos impele a buscar el poder suficiente para que nos crean (creemos en dios porque tiene el poder), para que nuestro criterio se imponga (porque no siempre basta la comprensión), para que nos obedezcan (solo obedece

libremente el que cree) o para que nos amen (no hay mayor demostración de amor que creer en el otro), y aunque los derechos se han ido alcanzando en Occidente, y las cuotas de poder a las que ha accedido la mujer han crecido, seguimos entretenidas con simbologías vacías, enredándonos en gramáticas erráticas, y sin cuestionarnos de forma descarnada dónde queremos llegar realmente, si estamos dispuestas al pago y las renunciaciones que implica el trayecto y cuál es de verdad el lugar al que queremos dirigirnos. Si es aquel ya ocupado por otros o todavía debemos inventarnos una Ítaca propia.

Para ganar en esta batalla abierta que es la vida, por ocupar espacio y sobrevivir, seguimos sin estar en la mejor posición, nos tienen efectivamente entretenidas en luchas vanas, o tal vez nos entretengamos nosotras solas con gestos vacíos de contenido, simbólicos hasta lo ridículo, laberintos gramaticales, construcciones de filosofías sectarias e ideologizadas que, lejos de entroncarse en la ciencia y en la filosofía universal, apañan teorías para que encajen en el pequeño hueco que nos dejan, admitiendo esos logros, condescendientes ellos, solo para que no se reclame lo que realmente podría desestabilizar el tablero. Y mientras «la vida está en otra parte».

Pero la propuesta de fondo, la que subyace, la hecha a los distintos autores que conforman este libro, es

la búsqueda entre nuestras sombras, las nuestras, no las del otro, para encontrar un poco de luz a través de un ejercicio sincero y serio, en el que reconozcamos cuáles son nuestros verdaderos deseos, cuáles nuestras fortalezas y debilidades, cuáles nuestras trampas en las exigencias, cuáles las recriminaciones imposibles, cuáles nuestras mentiras fraudulentas para usurpar el poder al otro, someterle o suplantarle. Será difícil que el reparto del poder sea más justo de lo que lo es ahora si no llegamos a un acuerdo inteligente, en el que como en cualquier pacto nadie quede totalmente satisfecho.

Fue en ese juego gramatical delirante como apareció el título de este libro, adjudicando género y sexo a las palabras, fue siguiendo esa dictadura absurda fuera de toda razón gramatical, y con muy poca efectividad a la hora de concienciar a la sociedad sobre la necesidad de lograr una mayor igualdad entre hombres y mujeres, como surgió este *Hombres y sombras* que sonaba a «hombres y hombras». Fueron esas sombras las que se impusieron en la búsqueda de algo de luz, tratando de reflexionar sobre el papel secundario, tantas veces a la sombra del hombre que ha tenido la mujer en la historia, las que señalaron esas zonas oscuras que el hombre ha utilizado para retenernos ahí y que nosotras hemos utilizado para cobijarnos en ocasiones o lograr nuestros objetivos en otras. No podemos escapar al día y la noche de los que estamos

hechos, y tratar de culpabilizar de nuestra historia solo a una parte de los actores no la cambiará.

Las aportaciones de esta selección de autores para esclarecer posiciones, a los que agradezco de corazón su arrojo, han superado las expectativas por su valentía, rigor y honestidad. Y sus variadas perspectivas nos abren a un debate rico y complejo lejos del uniforme feminismo hegemónico. Isabel Muñoz nos ha regalado una imagen elegante y sexy que ilumina la portada con su mirada honda y distinta. Carmen Posadas defiende la libertad y combate la intransigencia. También Mónica Oriol, que además reivindica la diferencia y la complementariedad. Teresa Freixes defiende las acciones positivas, como las cuotas, siempre que no se victimice a las mujeres para las que reclama dignidad. Félix Ovejero aboga por la igualdad, la razón, la imparcialidad y la justicia, mientras rechaza el paternalismo. Pablo de Lora se declara feminista y lo pretende para todos siempre que se base en un ideal liberal/igualitario más consciente e ilustrado. Rebeca Argudo exige que no se anule al individuo sublimando al grupo, un simplismo que impide un auténtico avance. Alfonso Gañán Calvo acusa al feminismo radical de considerarse más inteligente que el desarrollo orgánico y de manipulaciones que solo benefician a ciertos colectivos de poder. Sofía Rincón piensa que el feminismo está obsoleto y que la realidad económica se encargará de imponer la

igualdad en una sociedad infinitamente más compleja que la que vivimos ahora.

Solo la conciencia nos hará más humanos, y solo el placer, también por la diferencia, permitirá que la supervivencia de la especie siga siendo una celebración, infinitamente más allá de la pura necesidad.



LAS EXTREMISTAS SE TOCAN

CARMEN POSADAS

Hace un tiempo, en un vuelo transatlántico coincidí con una madre joven y guapa que viajaba con su hija de más de un año (casi dos, calculé yo). Como el vuelo era largo me sorprendió ver que, cada vez que la niña se ponía latosa, la madre se abría la camisa (de Zadig&Voltaire, para más datos) y le daba el pecho. Una vez pasada por este tan práctico y a la carta restorán, la niña se dormía y la madre continuaba trabajando en su ordenador portátil hasta que, al cabo de un rato, se repetía la ceremonia [recomenzaba]. Al hilo de esta anécdota se me ocurrió escribir un artículo en que me asombraba de cómo la llamada híper maternidad a veces remite a las mujeres a roles que parecen del pasado. Nunca lo hiciera. Jamás un texto mío ha merecido tantos comentarios, y no positivos, precisamente; de hecho, me llamaron de todo menos bonita. «La lactancia es un derecho de toda mujer». «¿Quién eres tú para cuestionar durante cuánto tiempo hay que criar a un hijo?». «La OMS recomienda

que la lactancia dure dos años o dos años y medio». «Tus hijas no deben de ser del todo sanas puesto que, según tú misma confiesas en tu artículo, las criaste solo tres meses». Estos fueron los comentarios más habituales. Incluso hubo una señora que afeó mi conducta diciendo que ella había adoptado un bebé y, como no tenía leche, se había estimulado artificialmente el pecho hasta lograr producir el tan preciado néctar materno.

A todas estas, lo único que yo intentaba señalar era que, para alguien de mi edad (voy a cumplir 67), resultaba curioso observar cómo muchas de las reivindicaciones femeninas por las que luchamos en los sesenta y setenta, estaban teniendo, cuarenta y tantos años más tarde, un curioso y desde luego paradójico epílogo. Nuestras reivindicaciones de entonces estaban destinadas a alcanzar nuestro derecho a ser libres y no depender de los hombres. Como es lógico esto pasaba por nuestra incorporación al mundo laboral y por un reparto de las tareas familiares, de modo que los hombres participaran en el cuidado del hogar y, sobre todo, de los hijos. Visto con la perspectiva que da el paso del tiempo, se puede observar que algunas de aquellas metas se han alcanzado y otras no. En España hay en estos momentos más universitarias que universitarios y la mayoría de las mujeres de menos de treinta años tienen estudios superiores. También hemos alcanzado no pocas libertades (recordemos

por ejemplo que, por jurásico que parezca, alguien de mi edad en su juventud tenía que pedirle permiso a su marido o a su padre para obtener el pasaporte y no podía abrir una cuenta bancaria a su nombre). En otros ámbitos, como en el reparto de roles familiares, también se han hecho progresos notables. Dudo que exista en España un solo padre que no sepa cambiar un pañal o dar un biberón. Es cierto que aún nos quedan otras metas fundamentales por alcanzar, sobre todo en lo que concierne a la conciliación familiar, equiparación de sueldos, etc..., pero es evidente que hemos avanzado un buen trecho y lo mismo ocurre en otros países de nuestro entorno. Ciertamente que en el Tercer Mundo la situación es igual que hace cuarenta años, pero ese es otro asunto, que escapaba al ámbito de mi reflexión. Lo que yo intentaba resaltar era el hecho de que, en los países más avanzados, una vez logradas las metas señaladas anteriormente, el proyecto feminista había tomado unos derroteros que me parecían antagónicos con los que nosotras, las jóvenes reivindicativas de los sesenta y setenta, intentábamos alcanzar. Una de estas extrañas paradojas tiene que ver con la anécdota de esa joven madre en un avión. ¿Cómo se explica que el feminismo actual propugne (o, mejor dicho, ordene) la vuelta a roles femeninos propios de tiempos pretéritos? ¿Realmente es necesario —o siquiera aconsejable desde el punto de vista psicológico— que una madre amamante a sus hijos hasta los